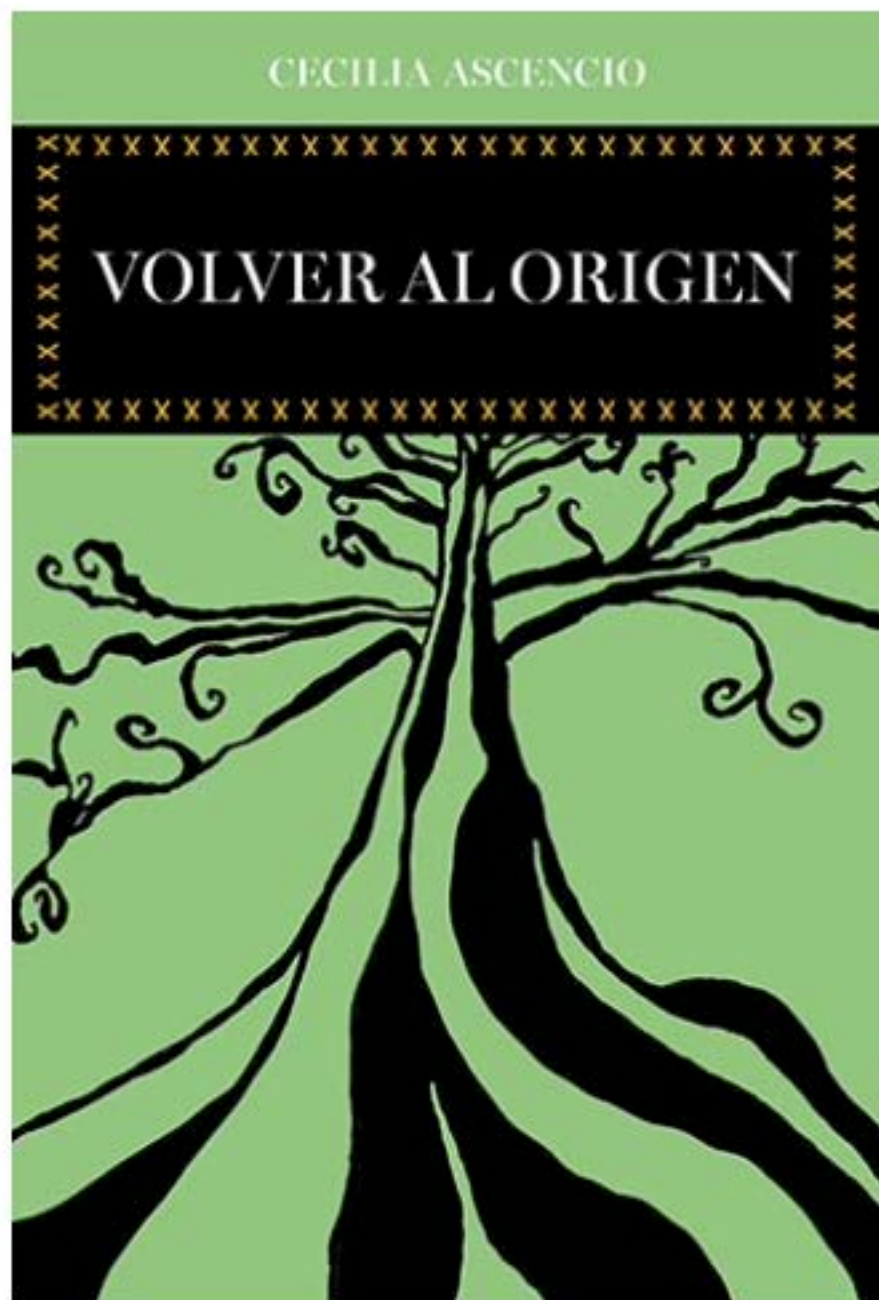


Volver al origen



"Volver al origen" es un relato íntimo y luminoso sobre el poder sanador de la memoria. Teje la historia de un encuentro profundo (e improbable) entre dos mujeres de mundos distintos que no solo cambia su vida cotidiana, sino que se convirtió en un vínculo entrañable de amistad, ternura y resistencia. Una reflexión sobre los lazos invisibles que nos unen, transforman y sostienen, incluso en los momentos más oscuros.

Cecilia Ascencio

Ilustradora: Cecilia Ascencio

20.5 x 13.5 / 148 páginas / 2025

ISBN: 978-607-59375-3-3

II

CABALLITOS BLANCOS



Hay cosas que sabemos que pasarán antes de que sucedan. *Dejá vu*, algo ya visto en alguna parte de nuestro ser. A veces, incrédulos, las llamamos coincidencias, pero yo creo que son señales, códigos individuales. Son vértices que nos unen.

Pienso que la vida es un espiral que, con vértices de momentos decisivos, va generando una geometría única. En el giro más amplio todo es nuevo, no notamos un patrón, pero conforme avanzamos asociamos lugares, objetos, sueños, imágenes. Un código de símbolos propio. Algunas veces lo he experimentado así.

No sé si alguna vez te lo conté, mi Tere, pero ahora puedo ver que siempre hubo señales de que nuestros caminos se cruzarían de alguna forma. Años atrás, había ido con Gabriel a Lima acompañándolo a un viaje de trabajo. ¡Por fin se me haría realidad conocer Perú! Desde siempre sentí que alguien ya me esperaba en ese lugar.

Volamos de la capital a Cusco, que recorrimos maravillados y sorprendidos por su belleza. Caminamos por las calles empedradas de su pequeña ciudad y nos sentamos a descansar en una plazuela. Al poco rato le dije a Gabriel que iba a curiosear en una tienda de *souvenirs* que estaba en la acera de enfrente

III

NO EXISTÍAS



Gabriel se adelantó a Lima algunas semanas antes que yo para buscar dónde vivir y ayuda para instalarnos.

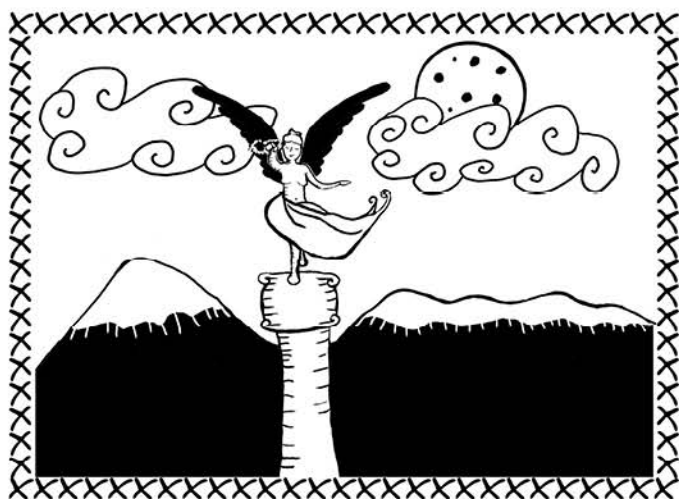
Llegué a ese lugar que el destino me había preparado. Lima la gris, como la llaman muchos, pero que yo viví como un refugio de colores, de azules y plateados, y de un mar inmenso y frío, mágico e imponente.

El malecón de Lima es lo más hermoso que queda en mi memoria. El mar del Pacífico, cambiante, profundo. Un parque a la orilla del cantil de verdes jardines y un laberinto de arbustos, árboles y flores cuidadosamente plantados. En esos pastos mis hijos aprendieron a correr descalzos.

Vivíamos en el elegante distrito de Miraflores, afincado sobre una tierra árida pero agradecida. Kilómetros de parques y banquetas pavimentadas bordeaban en lo alto de los cantiles. Patines y patinetas, parapentes, burbujeantes risas de niños, perros paseando con sus dueños, tráfico y ruido. El paisaje saturaba mis sentidos embarrándolo todo con su brisa húmeda y salada. Olor a flores y también a pescado. De un lado, un faro como sacado de cuento de piratas que servía para guiar a los barcos en la neblina constante de las costas del Perú, ya que las cordilleras impiden que las nubes se disipen rápidamente.

VII

ADIÓS PERÚ, HOLA MÉXICO LINDO



El proyecto de trabajo de Gabriel llegó a su fin. Después de tres años y medio, teníamos que dejar Perú. Nos iríamos de Lima; tú mirabas con nostalgia todo lo que habíamos empacado y sabías que esos años dorados quedarían en el pasado. Constantemente te lamentabas.

“¿Qué voy a hacer yo sin mis bebés?” Nos vamos a México todos, eh, señora Ceci. ¡Llévame con ustedes!” Yo por mucho tiempo me hice la loca y tan solo te decía que no te preocuparas, que aún faltaba bastante para ese momento.

Pero el tiempo se había terminado. Empezaríamos la mudanza y vendría el adiós a los rincones de Lima, a los amigos, a esa hermosa época de refugio para, después de doce años fuera de México, entre nuestra estancia en los Estados Unidos y el Perú, regresar a vivir a mi país.

No habíamos considerado llevarte con nosotros porque sabíamos muy bien que no era un proceso fácil, pues México tiene estrictas reglas migratorias, proteccionistas y no admite a personas para trabajos que, en teoría, puede realizar cualquier otro mexicano. No podíamos explicar ni justificar todo el cariño que sentíamos por ti, ni decir que te habías vuelto parte de nuestra familia.